

AUTORIDAD Y GOBIERNO EN LA IGLESIA HOY

1.- Un estilo evangélico de ejercer la autoridad.

Terminado un Sínodo, el Santo Padre Paulo VI recibió en audiencia privada a todos los delegados, por países. Me tocó ser recibido con el Cardenal Raúl Silva. El Cardenal le contó al Santo Padre lo que estaba ocurriendo en Chile en esos instantes: la Universidad Católica había sido "tomada" por los estudiantes; éstos exigían la salida del Rector, Monseñor Alfredo Silva Santiago; y pretendían imponer una "reforma" universitaria planeada y dirigida por ellos.

El Santo Padre escuchó en silencio, con mucha atención. Y cuando el Cardenal terminó de hablar, con gran sorpresa mía, hizo esta afirmación solemne: "Señor Cardenal, quede esto muy en claro: la Iglesia no va a volver a ejercer la autoridad a la manera de los gobernantes de este mundo porque nos lo prohibió claramente el Señor. Tenemos que manejar este asunto con respeto, con prudencia, escuchar, intercambiar ideas, buscar soluciones aceptables por todos".

Aludía el Santo Padre al texto de Mateo 20, 25-28 (-cf. Marcos 10, 41-45 y Lucas 22, 25-27). "Los jefes de los paganos hacen pesar sobre ellos su dominio y los grandes hacen pesar sobre ellos su poder. No así entre ustedes. Por el contrario, aquel de ustedes que quiera llegar a ser grande será el servidor de los demás y el que quiera ser el primero será como el esclavo de los demás".

Hay un estilo "evangélico", una manera cristiana de ejercer la autoridad y de gobernar. El padre de familia, el ejecutivo de una empresa, el gobernante y, con mayor razón quienes ejercen autoridad en la Iglesia de Cristo, deben inspirarse en él.

2.- "La Reinención del Gobierno": el sentido moderno de la autoridad.

Con este título, David Osborne y Ted Gaebler publicaron un libro para ayudar a los ejecutivos a gobernar mejor. Se basaban en la experiencia de psicólogos y de sociólogos y mostraban como se puede lograr los más altos rendimientos en cualquier empresa, si se aprende a mandar bien.

Ese mismo año, 1992, George Land y Beth Jasman publicaban un libro intitulado en inglés: "Break Point and Beyond", "El punto de quiebre y más allá". Es un estudio psicológico acerca de la manera más eficaz de vivir y de actuar en este tiempo de cambio, la manera de enfrentar el futuro.

La empresa, por ejemplo, tiende a descartar el tipo unipersonal, en beneficio del trabajo "en equipo".

Tiende a "delegar" funciones a subalternos que tal vez las conocen mejor que el jefe o están más cercanos al terreno en que se llevan a cabo.

Tiende por fin a proponer "metas", comunes o propias a los diversos departamentos que comprende la administración y a controlar la ejecución de esas metas más bien que establecer reglamentos y contentarse con que los reglamentos se respeten.

Estos dos libros son solo muestras de una abundante literatura psicológica y sociológica dedicada a preparar a los hombres y a las instituciones de hoy para vivir y desarrollarse en el mundo de mañana. Atienden a la "modernización" en el ejercicio de la autoridad. La Iglesia, fiel al estilo "evangélico" de ejercer la autoridad, debe también asumir el estilo "moderno" para adaptarse mejor a las circunstancias de los tiempos, actuales y venideros.

3.- **El principio de subsidiariedad**

La autoridad en la Iglesia, y su ejercicio, deben inspirarse en el principio de subsidiariedad. Este principio funciona en dos sentidos.

Por una parte la autoridad superior no debe hacer lo que la autoridad inferior puede realizar por sí misma, y a veces aún mejor por ser más diversificada y por estar más cerca de los asuntos que hay que manejar.

Por otra parte, la autoridad superior debe hacer lo que la autoridad inferior no es capaz y no está dispuesta a hacer por sí misma, por carecer de las ideas orientadoras, del personal adecuado o de los recursos necesarios.

Corresponde también a la autoridad superior precisar el ámbito de las autoridades de

diversos niveles que le están sujetas.

Los párrocos, por ejemplo, suelen quejarse de que los obispos y los organismos diocesanos les están exigiendo continuamente el participar en iniciativas de nivel diocesano que sobrepasan sus fuerzas y no les dejan tiempo para atender sus deberes permanentes o para realizar sus propias iniciativas o las de su comunidad parroquial. Y a su vez los fieles suelen quejarse de que los párrocos mandan en exceso y dejan poco margen a las iniciativas de los fieles laicos, más cercanos a la base.

Los obispos a su vez suelen quejarse de un exceso de iniciativas, de orientaciones, de proyectos, de campañas originados en la Conferencia Episcopal y que les impiden realizar sus propios proyectos, mas de acuerdo con las circunstancias locales y con sus posibilidades. Pero, a su vez, constatan que muchos de los problemas que se presentan al pastor diocesano son mas o menos los mismos en todo el país, tienen incluso carácter nacional y pueden ser atendidos por la Conferencia Episcopal en forma más eficaz y más económica que por cada diócesis en particular, especialmente cuando ésta es pequeña y escasa en personal y en recursos.

Algo similar ocurre en relación con la Santa Sede y con instancias como el Concilio, los Sínodos de Obispos o las Conferencias del CELAM. Por una parte, todos o casi todos los obispos perciben la importancia decisiva para la pastoral eclesial de documentos como los del Concilio o de los Sínodos o "Evangelii Nuntiandi" o la Conferencia de Puebla y de eventos como la visita del Papa a Chile o el Jubileo del año 2000. Y al mismo tiempo sienten que la Iglesia de cada país tiene iniciativas, enfoques, experiencias y vivencias propias que enriquecen y adaptan su tarea apostólica y desean contribuir, desde su realidad local, al apostolado de la Iglesia Universal.

El ejercicio de la autoridad debe entonces tomar en cuenta los dos términos: aquel al que le corresponde mandar y aquel a quien le corresponde obedecer. Este ejercicio será tanto mas fluído cuanto mejor se conozcan y se escuchen ambos polos de la dupla autoridad-obediencia, o sea cuando mejor funcione el principio de subsidiariedad, que supone que el

que manda sepa muy bien lo que está haciendo, lo que puede hacer y lo que quiere hacer el que obedece y que el llamado a obedecer sepa muy bien lo que quiere, lo que le propone, lo que le ofrece o lo que le manda el llamado a ejercer la autoridad.

4.- **El nuevo milenio.**

Bien sabemos que el 1º de Enero o el 31 de Diciembre del año 2000 serán días como todos y que el año 2000 o el 2001 serán muy parecidos al año 1999 o al 2002. Si le damos especial importancia al tercer milenio o al siglo XXI es porque presentimos que estamos viviendo una cultura que se está agotando o que atraviesa una crisis o que necesita renovarse y que grandes cambios se están produciendo en el hombre en la sociedad y en la cultura humanas.

La Iglesia debe presentarse ante el hombre y la sociedad de mañana como portadora de una "oferta". Esa oferta es la misma de siempre. Pero debe aportar la luz de la fe y el testimonio de la santidad en tal forma que los hombres de hoy y de mañana se sientan inclinados a aceptar esa oferta o por lo menos a examinarla, a considerarla válida. Y ésto supone en los pastores y en los pensadores de la Iglesia una capacidad de liberarse de condicionamientos culturales que van quedando obsoletos para muchos y de presentar la fe, la buena nueva del Evangelio, en una forma nueva, que la haga asimilable para las nuevas culturas.

Uno de esos elementos culturales, de que el pastor ha de desprenderse para ser aceptable para las nuevas generaciones, es una manera "doctoral" de presentar la verdad, como si la verdad objetiva pudiera ser transmitida, del que la tiene al que no la tiene, con la sola palabra magisterial, apoyada por la condena del error opuesto. En la mentalidad de hoy, la verdad debe ser buscada, encontrada y asimilada progresivamente por el que aspira a la verdad. La subjetividad del "acto de fe" es tan importante como la objetividad del "contenido de la fe". No basta con entregar el "alimento": hay que estimular el "apetito", hay que hacer sentir el hambre, para que el alimento sea asimilado. Por eso decía Paulo VI que la juventud

desea "testigos" antes que "maestros". El testigo despierta el apetito de quien lo observa. Lo importante es buscar: "Buscad y encontraréis". (Mt. 7,7).

La autoridad y el gobierno de la Iglesia deberán tomar en cuenta este condicionamiento cultural nuevo. Más que "enseñar" toda la verdad con severa autoridad, habrá que "dar testimonio" de la verdad con la santidad de vida y despertar el "deseo" de la verdad. Luego presentar la verdad pero en forma progresiva -como se realimenta al niño desnutrido, de a poco, sin atosigarlo- como una oferta que responda a los deseos y a la búsqueda del que se quiere convertir o evangelizar.

Autoridad de estilo "evangélico"; autoridad de estilo "moderno"; autoridad de estilo "persuasivo", educativo, progresivo, respetuoso de la personalidad del otro y del punto en que el se encuentra en su búsqueda. Son tres caminos por los cuales podemos reflexionar sobre la forma en que se han ejercido, se ejercen y se ejercerán la autoridad y el gobierno en la Iglesia.

5.- **Perspectiva ecuménica.**

Hace poco el Santo Padre invitaba a los cristianos que se mantienen al margen de la Iglesia Católica a manifestarle cuáles son sus dificultades en lo referente al "ejercicio" de la autoridad del Papa. Salvado el "principio" del primado de Pedro y de sus sucesores sobre los demás apóstoles y sus sucesores los obispos, la Santa Sede está dispuesta, dice el Papa, a introducir los cambios necesarios para que los cristianos separados puedan aceptar ese primado y reconstituir la unidad de la Iglesia de Cristo.

Un obispo norteamericano respondió al llamado del Santo Padre señalando algunos detalles, en el ejercicio de la autoridad en la Iglesia, que presentaban dificultades para algunos católicos -incluso obispos católicos- y, a fortiori, para quienes no lo fueran.

Hay que distinguir entre la autoridad, que en este caso no se discute, y el "estilo" de ejercicio de esa autoridad, la "manera" como la autoridad habla y actúa. No cabe duda que una forma más evangélica, más moderna y más respetuosa de la libertad individual en el

ejercicio de la autoridad facilitará considerablemente el diálogo ecuménico y contribuirá al acercamiento de las iglesias separadas y finalmente a la reconstitución de la unidad visible del cuerpo místico de Cristo. Este sería un cuarto elemento que nos invita a revisar el estilo en que se ejerce el gobierno en la Iglesia, sin, en manera alguna, debilitar el principio mismo de autoridad, tal como el Señor lo estableció al fundar su Iglesia sobre los doce apóstoles y sobre Pedro, y al enviar el Espíritu Santo para que la asista "hasta el fin", (Mt. 28,20).

6.- **Un mundo "global" y "regional"**.

Junto con el proceso de globalización que tiende a hacer del planeta una gran aldea, se advierte una tendencia hacia la descentralización, lo local, lo regional, lo particular, lo singular. Mientras las fronteras de los países se desdibujan al integrar comunidades multinacionales, en el interior de cada país se acentúan las diferencias étnicas, culturales, religiosas, económicas, sociales o políticas.

En la Iglesia ocurre algo parecido. El pastor tiene que atender a grupos humanos muy diversos por la cultura, por la situación social y económica, por el nivel de su adhesión a la Iglesia, a su magisterio, a su culto o a su disciplina. Cada continente, cada región, cada grupo social tiene su estilo de vida, su mentalidad propios.

La unidad de la Iglesia Católica en torno al Papa le da una fuerza y un prestigio innegables. Pero un aporte creativo, que sea la expresión del grupo y que adapte a el la enseñanza de la Iglesia Universal contribuye a enriquecer la Iglesia Universal y fortalece la adhesión a ella del grupo que se siente tomado en cuenta, que se siente participando activamente en la Iglesia Universal. Y acrecienta el poder y el prestigio del Papa, llamado a coordinar esa riqueza que viene del planeta entero.

Este aspecto también va llevando la Iglesia a una forma nueva de ejercicio de la autoridad, que sepa combinar la necesaria "autoridad" con la conveniente "libertad", en una sola "caridad".

7.- **"El otro Sendero": la revolución informal**

Hernando de Soto ha analizado muy bien, en el caso del Perú, en el libro que lleva este título, lo que ocurre cuando una legislación se vuelve compleja, detallista y perfeccionista. Por una parte, pululan los abogados que se dedican a estudiar esa legislación con el doble fin de permitir a sus clientes, por lo general ricos, cultos y poderosos, aprovecharse -y defenderse- de ella. Por otra, todo un sector de la sociedad incapaz de integrarse a ella se margina y organiza su vida prescindiendo de ella. En Lima, nos cuenta de Soto, un alto porcentaje de la propiedad raíz, de las viviendas populares, de las empresas de transportes colectivos se ha ido estableciendo al margen de la legislación oficial, con reglamentos improvisados, jurídicamente imperfectos pero adaptados a las circunstancias concretas, al nivel de cultura y a la escasez de recursos.

La Iglesia debe, periódicamente, revisar su legislación y sus ritos, admitir diversas circunstancias y diversas etapas, simplificarla y adaptarla a la realidad para evitar una excesiva separación entre un pequeño grupo de canonistas expertos y la gran masa del pueblo, y aun de muchos pastores, que se contentan con "arreglárselas como pueden", y estiman más importante y más urgente hacer lo que hay que hacer como se pueda que esforzarse por cumplir fielmente con una legislación que los sobrepasa y que les parece menos necesaria. "Primum vivere, piensan, deinde legistare".

La ley canónica, el ritual sacramental son obras admirables. Pero el pastor de la base, o el simple fiel pueden sentir que los sobrepasan, que necesitan algo más simple, más de acuerdo con las realidades, a veces muy pobres, y con las circunstancias, a veces muy difíciles. Tal vez deba la autoridad flexibilizar su postura para ponerse al servicio de la vida real más que esperar que esa vida real haga un esfuerzo desproporcionado para integrarse en un ordenamiento jurídico que le queda grande, en detrimento de lo más urgente: la formación espiritual y el impulso apostólico y misionero.

8.- Lenguajes diferentes para situaciones diferentes.

Esta consideración nos lleva a una nueva observación. El "pueblo de Dios" al que gobiernan los pastores, ya no es, o es cada vez menos, un conjunto homogéneo y disciplinado de "creyentes" y "practicantes" que acatan, sin discutirlos, la enseñanza y la autoridad de sus pastores.

En Chile yo distinguiría por lo menos tres situaciones diferentes.

La primera es la del pequeño grupo -entre 10 y 20%- que no discute el contenido de la fe, que observa los mandamientos de la Iglesia y que acepta sin discutirla la conducción de los obispos y del clero. Es también el número mucho más considerable - 50 a 70%- de los que se preparan para el Bautismo, la Primera Comuni3n, la Confirmaci3n y el Matrimonio y aceptan las catequesis previas a esos sacramentos; pero muchos de los cuales se contentan con el sacramento recibido sin seguir integrados vitalmente en la comunidad eclesial. Es el auditorio al cual por lo general nos dirigimos, como si ellos fueran la totalidad o la gran mayoría del pa3s.

Otra situaci3n es la de quienes son y se sienten cristianos, -despu3s de 5 siglos de evangelizaci3n- pero sienten su religi3n como algo que ocurre entre ellos y Dios, entre ellos y Cristo -o la Virgen o los santos- entre ellos y el prójimo. No se integran, o se integran solo a medias, en las estructuras eclesiales. Practican ciertas virtudes cristianas: la humildad, la caridad..., pero no todas. Suelen ser críticos de los pastores cat3licos, como muy detallistas y exigentes, como autoritarios e incluso punitivos, más que alentadores y ayudadores en el camino del bien. A veces sienten que sus pastores pertenecen a una cultura que no es la de ellos, que mantienen un orden pol3tico o social que ellos rechazan. En cambio este grupo suele practicar con gran entusiasmo y fidelidad la llamada piedad popular: la peregrinaci3n a los santuarios, la devoci3n a la Virgen y a los santos o ciertas obras de beneficencia. Pueden ser un 50% o más, de la poblaci3n.

Y hay un tercer grupo que mira la Iglesia con inter3s, a veces con simpatía, a veces con desconfianza y con recelo -depende de qui3n sea el pastor, de su lenguaje, de sus actitudes- y

está dispuesto a escuchar su parecer, como un aporte valioso a la vida del país, siempre que no se pretenda imponerlo como una verdad infalible e indiscutible. Quieren ver a la Iglesia entrar con más humildad en las situaciones, los problemas, las dificultades, las tensiones de la vida real, ayudando a superarlas, más que limitándose a reafirmar los grandes principios de todos conocidos, sin ayudar a vivirlos en la realidad concreta de la existencia diaria.

El pastor debe variar su lenguaje -el tono de su lenguaje- según el grupo al cual se dirige. Debe también tomar en cuenta que los del primer grupo -y más aún los del segundo grupo- pertenecen también, en parte, al tercer grupo y debe saber que, encontrando el tono apropiado, su mensaje sigue siendo válido, y quizás si cada día más válido, para todos los hombres de un país como el nuestro, o casi todos.

9.- **Inculturizar la fe y desculturizarla a tiempo.**

Una última consideración queremos hacer. En Chile, como en toda América Latina, se ha dado una cultura impregnada de fe católica o, dicho de otra manera, la fe católica se ha expresado en términos de una cultura de rasgos muy definidos: el ancestro indígena, el español del siglo XVI, la larga "siesta" colonial, el "conservador" siglo XIX. Pero esta cultura viene siendo sometida, desde hace dos siglos, al embate del liberalismo, del radicalismo, del laicismo, del anticlericalismo, del marxismo, de los cultos pentecostales y de las sectas y, en estos últimos años, de la cultura "moderna": economicismo, consumismo..., incluso de la cultura post-moderna: tendencia al esoterismo... Se puede decir que para muchos, la cultura que sigue siendo la de muchos de nosotros, la que fue de nuestros padres y de nuestros abuelos, está en vías de extinguirse.

El problema está en saber si la Iglesia debe empeñarse en defender, en apoyar esa cultura por toda la riqueza cristiana que incluye, o si debe extraer la fe del contexto de una cultura agonizante para ofrecerla a quienes están tratando de crear una nueva cultura para que la integren en ella. Probablemente la Iglesia debe hacer las dos cosas. Debe haber pastores para lo uno y para lo otro. Pero parece necesario que los jóvenes, los constructores

de las culturas emergentes puedan acoger la fe del Evangelio y de la más antigua y auténtica tradición de la Iglesia, independientemente de su inserción en una cultura para ellos sobrepasada.

El ejercicio de la autoridad requiere ser matizado para adecuarse a situaciones tan diversas. Pero no hemos de olvidar que la fe se purifica, se fortalece, se renueva cuando se desprende de una cultura -humana al fin del cabo- y se ofrece con confianza a los constructores de una cultura nueva.

10.- **Mantener firme el principio de autoridad y enseñar a amar la obediencia.**

Los párrafos anteriores se refieren al estilo de ejercer la autoridad. No discuten el principio de autoridad, lo defienden. El mayor peligro para la autoridad es que se debilite o se desprestigie si se le ejerce mal. La autoridad legítima, bien ejercida y aceptada en la obediencia, se fortalece y se prestigia y trae orden y paz a todos.

Toda autoridad viene de Dios. El punto de partida de la conversión para el cristiano es aquel momento en que anonadado por la grandeza de Dios, lleno de asombro ante su poder y su gloria y conmovido por su misericordia, se postra humildemente ante El en actitud de obediencia. "El principio de la sabiduría es el temor del Señor" o sea el respeto a la infinita majestad de Dios.

Los hombres ejercemos la autoridad en nombre de Dios como instrumentos que El usa para comunicar su voluntad a los demás. Pero los mismos que mandan a otros deben obedecer primero, a Dios y a quienes los manden legítimamente en nombre de Dios.

Cuanto más transparente a la autoridad de Dios sea la autoridad de los legítimos superiores, tanto más segura estará de sí misma. Tanto más aceptable se hará para aquellos a quienes corresponda obedecer. La autoridad bien ejercitada suscita la obediencia acogedora, leal, colaboradora. La Iglesia, como escuela de santidad, vive de esa dialéctica de autoridad divina y de obediencia humana. Obedecer a Dios es obedecer a Cristo, su Hijo y es obedecer a Pedro y a los Doce. Y es obedecer a sus sucesores y a sus colaboradores. A un ejercicio

evangélico de la autoridad humana legítima debe corresponder un ejercicio evangélico de la obediencia humana. Y quien obedece sabe que el que manda podrá tal vez equivocarse al mandar pero el que obedece a la autoridad legítima sabe que "aun en ese caso" no se equivoca al obedecer.

AUTORIDAD Y GOBIERNO EN LA IGLESIA HOY

INDICE

- 1.- **Un estilo evangélico de ejercer la autoridad**
- 2.- **"La reinención del gobierno": el sentido moderno de la autoridad.**
- 3.- **El principio de subsidiariedad.**
- 4.- **El nuevo milenio.**
- 5.- **Perspectiva ecuménica.**
- 6.- **Un mundo "global" y "regional".**
- 7.- **"El otro sendero": la revolución informal.**
- 8.- **Lenguajes diferentes para situaciones diferentes.**
- 9.- **Inculturizar la fe y desculturizarla a tiempo.**
- 10.- **Mantener firme el principio de autoridad y enseñar a amar la obediencia.**